

TOKIO 91**CRONICA DE UN RECORD**

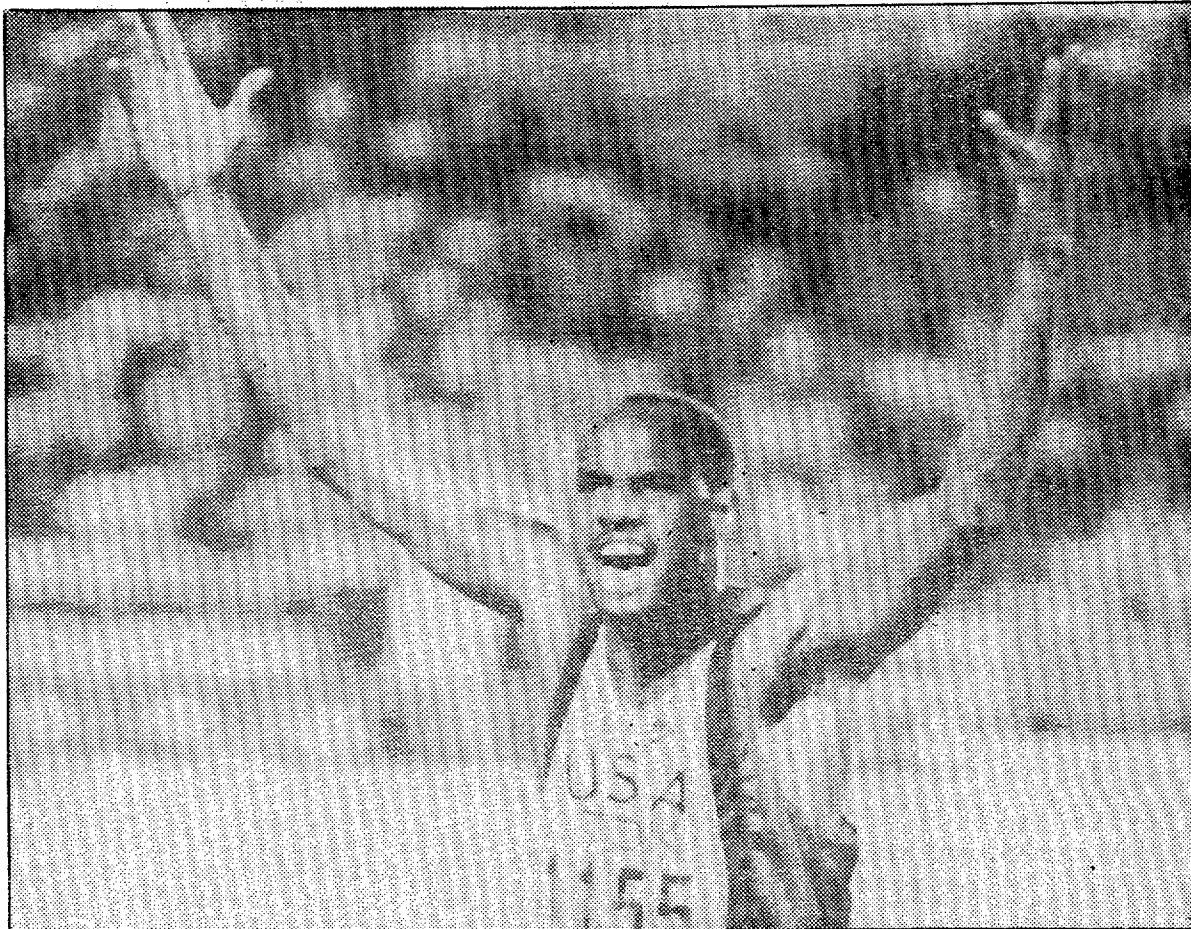
Entrar en la historia de un salto

El norteamericano batió el récord de Beamon con un registro de leyenda: 8.95

Tokio. - Mike Powell, un norteamericano de 27 años, acabó de un salto con la leyenda de Bob Beamon y batió la mítica barrera mundial de 8.90 establecida hace 22 años y 10 meses en México. Los 8.95 del atleta de Filadelfia detuvieron en Tokio el tiempo del atletismo para empezar a marcar una nueva era. Mientras el mundo miraba a Lewis, Powell rompió la leyenda, "enterró" a un mito y elevó su nombre a una gloria reservada a los dioses del deporte. Lo hizo a nivel del mar. No en altitud como Beamon.

El cielo estaba negro y un molesto viento no había impedido que en el estadio nacional de Tokio reinara un bochorno que presagiara la gesta. Los organizadores del Mundial habían advertido que estaba a punto de llegar el tifón 14. La prensa mundial había alertado que todas las miradas debían dirigirse hacia Carl Lewis, el "hijo del viento".

Pero el único tifón que apareció a las 7.06 de la tarde en Tokio (12.06 del mediodía en España) fue Powell-8.95, quien con un salto impresionante, en una atmósfera mágica, dio un golpe al pasado, batió el récord de Beamon y dejó a Lewis unos centímetros más abajo en el podio de los triunfadores.



ATMOSFERA ESPECIAL

La prueba de longitud empezó con 28 grados de temperatura y una humedad del 79 por ciento. Como en aquella tarde especial de octubre del 68, en que Beamon saltó 8.90 (23 grados, 42 por ciento de humedad), todo parecía preparado para que lloviera. Powell había agotado cuatro de los seis intentos y Carl Lewis había establecido un imponente 8.91 en su cuarto intento,

Mike Powell logró destronar a Beamon en el quinto intento de una competición impresionante

aunque el registro no fuera homologable al ser el viento de 2.3 (sólo es válido si es menor de 2.0).

El norteamericano de Filadelfia balanceó sus brazos, dio cuatro pasos caminando, se apoyó en el quinto y empezó a acelerar. 23 zancadas le condujeron al tablón de batida, colocó su pierna izquierda y se lanzó al aire, volando, ejecutando a la perfección la técnica de la doble

tijera, conocida también como "dos y medio", para aterrizar en la gloria de los 8.95.

Liberó la tensión con un gesto de rabia y comenzó a andar buscando la marca. Segundos después, en medio del silencio, vio: 8.95. No pudo contener la alegría, comenzó a correr, a mover los brazos. En el quinto intento y con un viento de sólo 0.3 había conseguido lo inimaginable.

Luego llovió. Como en México-68.

Powell había empequeñecido el gran día de Carl Lewis. El "hijo del viento" había empezado el concurso impresionando con sus 8.68 y había cortado el aliento con los 8.91 de su cuarto intento. Pero el atleta de Filadelfia le había robado todo el protagonismo.

EL ÚLTIMO SALTO

A Carl Lewis le quedaban todavía dos intentos para mejorar la supermarca de Powell. Debía luchar contra el pasado de una leyenda y el presente de un registro de otro siglo. Parecían demasiados enemigos y muy poderosos para superarlos de un salto.

El hijo del viento marcó 8.87 en su quinto intento, con viento en contra. Si el viento hubiera estado a favor, seguramente habría superado la barrera de Beamon. Después, Powell, nervioso, excitado por la gesta, hizo nulo en su último salto y se sentó a esperar.

El tifón 8.95

El "hijo del viento" debió maldecir ayer a su alegórico padre. Este se mostró demasiado juguetón con el fenómeno norteamericano. Sopló mucho cuando no debía y poco cuando lo necesitaba. La relación fraternal entre el viento y Lewis puede afirmarse que empezó a quebrarse en Tokio, la capital japonesa que a las 12.06 esperaba un tifón y tuvo a Powell, el atleta norteamericano que a partir de ahora deberá ser conocido como el "hijastro del viento". El tifón 14 no llegó. Apareció Powell 8.95.

Debe saber mal pasarse tantos años persiguiendo a Beamon, actuando como la sombra de Bob y, precisa-

mente el día en que se alcanza la mejor forma, un compatriota segundón vuela por encima de todos y se cargue mitos a pares. El récord de longitud ha sido casi siempre una cuestión de tiempo. De especial atmósfera y de espera. Parece que lo mejor es saltar poco antes de la lluvia. Después hay que esperar mucho para que llueva otro récord. Pero lo mágico del deporte es saber que mientras compita un atleta nada es predecible. El asalto a Beamon tenía hora, nombre y número. 10.30, Lewis, 8.90. Y fue a las 12.06, Powell, 8.95. Menos mal que el deporte no se hace por ordenador. Las gestas también se escriben a saltos.

Escribe: SANTI NOLLA

